



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Daher, Antonio

Impactos territoriales de la financiarización pública poscrisis



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Daher, A. (2014). *Impactos territoriales de la financiarización pública poscrisis*. *Revista de ciencias sociales*, 6(25), 13-26. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1588>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Antonio Daher

Impactos territoriales de la financiarización pública poscrisis

Introducción

Paul Krugman, con un pesimismo que resultó realista, escribía sobre la crisis de 2008 bajo el título *De vuelta a la economía de la gran depresión* (2010). Roubini y Mihm (2010), reconocido el primero como el *profeta* de esa crisis, preguntaban dramáticamente (en la portada de su libro) “¿Cómo salimos de esta?”. Reinhart y Rogoff, a su vez, reprochaban en su título que la crisis actual, como tantas anteriores, respondía a *Ocho siglos de necedad financiera* (2011), y entre tantos otros, Stiglitz, identificando responsabilidades, escribía bajo el título *El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial* (2010).

En este contexto, Aglietta (2012) planteaba la siguiente cuestión: ¿por qué la Eurozona emerge como el nuevo epicentro de la crisis financiera global cuando su origen –las hipotecas *subprime*– era estadounidense? Aludía sin duda a su contagio y difusión, pero innegablemente también a una geografía de la crisis; al paso de crisis localizadas a crisis globales (Harvey, 2011). Sorprende, en efecto, que desde un *subsector* inmobiliario –el *subprime*, especializado en la vivienda social para las minorías de afroamericanos, hispanos y pobres en *ciertos* barrios de *algunas* ciudades de los Estados Unidos– la crisis se expandiera a todo el sector financiero y por su intermedio al conjunto de la economía mundial. Esta propagación incontenible llevaría a Dymski (2012, p. 161) asertivamente a rotularla “desde los márgenes de la ciudad al corazón de las finanzas globales”. No casualmente Saskia Sassen (2012, p. 74), en referencia gráfica a la securitización propulsora del contagio de la crisis, describía “*When local housing becomes an electronic instrument*”.

La “centralidad de las ciudades en la crisis”, planteada por Aalbers (2012, p. 6) y más específicamente “las raíces urbanas de las crisis financieras” (Harvey, 2012a, p. 321, y 2012b, p. XIII) aluden a la necesaria expansión territorial del capital global (Sassen, 2012) y remiten a la advertencia de que “las conexiones entre urbanización, acumulación de capital y financiarización de las crisis merecen un cuidadoso análisis” (Harvey, 2011, p. 137). La recurrente relación histórica entre el sector inmobiliario y las crisis económicas (Daher, 2013a) y la creciente financiarización urbana y de sus territorios (Daher, 2013b) son procesos analizados con similar propósito.

Tan mayoritaria e irreversible es la urbanización demográfica y económica –y especialmente financiera– que ya no es posible disociar los ciclos y crisis económicas de las dinámicas urbanas y sobre todo metropolitanas, dialécticamente interrelacionadas. Tal vez por ello Harvey (2011, p. 142) plantea la pregunta “¿la urbanización de China es la fuente primaria de estabilización del capitalismo mundial?”, apuntando a las ciudades como factor causal, y probablemente por similares razones Aalbers (2012, p. 293) se interroga por las “ciudades pos-subprime”, en alusión a los efectos urbanos de la crisis.

Territorios de la financiarización pública

En el contexto anterior y en medio de una *financiarización en crisis*, cabe preguntarse: ¿la globalización financiera lleva al “fin de la geografía”? (O’Brien, 1992). O por el contrario, ¿más que “una nueva geografía económica” –como titula el Banco Mundial (2009)–, la geografía más propiamente nueva es la “geografía financiera”? Por esto Harvey (2011) relaciona las nuevas geografías con los flujos de capital, en medio de un mercado global de capitales (Carrière-Swallow y Claro, 2013), y Bravo *et al.* (2003) han analizado los efectos sectoriales y regionales de la heterogeneidad de la transmisión monetaria. Porque, en efecto, el incremento en la movilidad y liquidez del capital ha tenido claras repercusiones en el nivel regional (Corpataux y Crevoisier, 2005), y la expansión de la industria de las finanzas ha tenido un impacto no solo en la economía, también en los territorios (Corpataux, Crevoisier y Theurillat, 2009).

La financiarización conlleva máxima movilidad de capitales, pero no implica ubicuidad de estos. Su *novedad* se asocia a las innovaciones en la ingeniería financiera, no a una presunta des-territorialización (Daher, 2013b). La financiarización se da en la instantaneidad del *tiempo real* tanto como en la tangibilidad del *espacio real*, sin exclusión. No sin razón Wainwright (2012, p. 102)

habla de “una geografía histórica de la securitización” en relación con los canales de transferencia de la financiarización y contagio de la crisis reciente, y Aalbers (2012, p. 137) se cuestiona “por qué la desterritorialización ha sido tan lenta”.

Ciertamente la financiarización pública replica y aplica algunas de las innovaciones de la ingeniería financiera –asumiendo con ello también sus riesgos– orientando y liderando así la movilidad geográfica de los flujos de capitales más allá de los propiamente estatales. De manera similar a lo que se constata con los flujos privados de capital, en el ámbito público los efectos sectoriales y territoriales de las políticas monetarias tampoco son homogéneos. En efecto, un estudio del Banco Central de Chile concluye que las regiones subnacionales con orientación comercial e industrial son más sensibles –usando como indicador el desempleo– a los ajustes de políticas monetarias que las regiones mineras o agrícolas (Bravo *et al.*, 2003). Otro tanto sucede con la distribución sectorial y territorial de la inversión externa directa (IED): un ejemplo, entre otros estudios, es el análisis comparado de la IED en las regiones españolas (Rodríguez, 2005).

Asimismo, la geografía de los diferenciales de tasas de interés y paridades cambiarias –que responden a políticas públicas– junto a otros factores tales como el riesgo-país, las restricciones a la libre circulación de divisas y la tributación son variables explicativas de la geografía de los flujos de capitales, de su orientación y asignación territorial y, en distintos horizontes temporales, de sus migraciones y *volatilidad espacial*. Por lo demás –como es sabido– aquellos pueden inducir localmente burbujas especulativas, apreciación de las monedas domésticas y pérdida de competitividad, amén de otros efectos. Son los riesgos de la afluencia o de la invasión de capitales que deben asumir no pocas veces los países emergentes y sus circunstanciales *monedas-refugio*.

La geografía financiera también se configura por la distribución territorial de las colocaciones de los fondos soberanos y créditos privados, y la correspondiente de deudores. Ella se traduce así en países y regiones *colocadores netos*, y en territorios *captadores netos*. En períodos de crisis, la geografía de la deuda conlleva muchas veces procesos de conversión territorial (Daher, 1991), “*debt for nature swaps*” y otros ajustes urbano-regionales.

Sin embargo, la geografía financiera *territorializa* también otras variables, tales como las políticas cambiarias, monetarias y fiscales, y sus consecuencias agregadas en los mercados financieros y de valores. Como se ha dicho antes, si la crisis fue la resultante de una explosiva financiarización privada en medio de una generalizada desregulación, las consiguientes políticas estatales y supra-

nacionales antirrecesivas y procompetitividad, principalmente en los mismos ámbitos fiscal, monetario y cambiario, configuran una reacción poscrisis de inédita *financiarización pública* con un relevante correlato socioterritorial.

Guerra de divisas: impactos territoriales

La *guerra de divisas* se perfilaba –luego de la crisis reciente y de sus efectos mundiales– como una consecuencia directa o indirecta de las políticas nacionales antirrecesión, procompetitividad y prorreactivación. Bretton Woods, el sistema monetario internacional de mediados del siglo pasado –propuesto por los Estados Unidos en respuesta a las sucesivas devaluaciones en distintos países para estimular sus exportaciones luego de la gran recesión (Bagus, 2012)–, renacía con nostalgia en el imaginario geopolítico. Los regímenes cambiarios, tasas de cambio flexibles y flotaciones cambiarias (que afectaban las balanzas de pagos) se asociaban a crisis político-cambiaras (Carrière-Swallow y Claro, 2013). Una verdadera competencia entre monedas (Huerta de Soto, 2012) se expresaba en un yen más débil prorreactivación japonesa afectando la competitividad intraasiática; en un yuan políticamente subvaluado que incomodaba al dólar estadounidense, y depreciado por los programas de incentivos monetarios de la Reserva Federal; en la homogénea rigidez del euro que imposibilitaba una mayor competitividad vía política monetaria para los países *periféricos* en situación más crítica en la eurozona; y en una cadena de devaluaciones sucesivas en las monedas de muchos países emergentes, como consecuencia de la depreciación de sus *commodities*, la salida de capitales y la revalorización de algunas divisas.

Como resultado de esta guerra de divisas o *competencia entre monedas* se endosan desaceleraciones y recesiones de un país a otro; los costos económicos y sociales de las crisis se *externalizan* geográficamente a otras naciones; se enrocan territorialmente los desequilibrios fiscales y los superávits y déficits de pagos, incluso entre distintos continentes; la mayor competitividad de unos se gana a costa de otros, a veces en hemisferios distintos; la recuperación en el empleo en determinadas economías se traduce en cesantía en otras latitudes; y, en definitiva, la guerra de divisas –y las políticas públicas que la promueven– redonda en territorios ganadores y perdedores, incluyendo habitualmente entre los últimos a las economías más vulnerables y a las naciones y sociedades más pobres.

Esta desigual contienda se registra incluso entre países integrados por tratados comerciales y uniones monetarias. En la cri-

sis y prolongada recesión de la Eurozona, la “pérdida de la tasa de cambio variable como herramienta de política monetaria es otra desventaja” (Van Overtveldt, 2012, p. 53). La opción de devaluar era sin duda una “ventaja de la moneda propia” para sus países (Krugman, 2012, p. 182). A la flexibilidad de los tipos de cambio promovida en los años cincuenta por Milton Friedman (1953) parece oponerse una moneda única: antes del euro, “los países latinos europeos recurrían a la inflación monetaria y desvalorización de sus monedas para readquirir competitividad internacional [...] [aun] gravando los salarios reales y encareciendo las importaciones” (Huerta de Soto, 2012, pp. 92-93).

El impacto territorial de las políticas monetarias –en una unión monetaria como la europea o en un país– es muy distinto en las variadas regiones –nacionales o subnacionales– dadas sus diferencias estructurales. En la práctica, tales regiones son asimilables a pequeñas economías abiertas que no tienen instrumentos monetarios a su disposición (Dow y Rodríguez-Fuentes, 2010).

En América del Norte, Whitt (1996, p. 1) analizaba “*the mexican peso crisis*”, y Beine y Coulombe (2003) se preguntaban por las perspectivas regionales de la dolarización en Canadá. Esa inquietud puede replicarse hoy en términos de las implicancias territoriales –y por ende sociales– de una eventual *yuanización* asociada a la creciente primacía económica china. Por ahora es claro que los diferenciales en los tipos de cambio o en las paridades –más bien *dis-paridades*– cambiarias alteran, junto a la competitividad, las balanzas comerciales y de pagos, la relación entre las políticas cambiaria y monetaria y entre el tipo de cambio y la tasa de interés. En el corto y mediano plazos se reasignan, sectorial y territorialmente, los factores de producción, y en el largo plazo emerge y se configura una nueva geografía.

Las políticas macroeconómicas son formuladas *a-espacialmente*, y sus precios macro –tipo de cambio, tasa de interés, salarios– generan impactos regionales y urbanos fuertemente diferenciados, mucho más determinantes en términos territoriales que las inversiones directas del sector público, y no pocas veces contradictorios con las propias políticas gubernamentales de desarrollo local y regional. Estas consecuencias territoriales –positivas o negativas– son, en rigor, un subproducto de la gestión de la autoridad económica frente al cual las instancias y autoridades de desarrollo territorial deben adecuarse y actuar reactivamente (Daher, 1990). Con similar orientación, posteriormente Escobar y Repetto (1993) se propusieron indagar cómo la estrategia de desarrollo de Chile, desde mediados de la década de 1980, afectó la rentabilidad de los sectores transables de las regiones respecto del promedio del país.

Daher (1990, pp. 457-458) había sostenido que “la paridad cambiaria afecta diferencialmente la distinta especialización sectorial y la diversa geografía de las exportaciones e importaciones [...] con efectos positivos o negativos en el desarrollo rural o urbano; en los sectores productivos o de servicios; en la sustitución capital-trabajo, el empleo y el comportamiento demográfico; en el consumo, el ahorro y la inversión”. El mismo autor agregaba que, en general, el tipo de cambio real alto es prorregional, y el bajo, prometropolitano. El alto favorece el empleo –en términos de sustitución capital-trabajo– mientras que el bajo tiende a generar desempleo productivo y a terciarizar el empleo. Territorial y demográficamente, el cambio alto frena las migraciones rural-urbanas y, en extremo, las revierte; el bajo las favorece y con ello incrementa la concentración urbano-metropolitana. En términos sociales, la paridad baja favorece el consumo más que la producción, y por ende tiende a ser regresiva en términos redistributivos. La alta inhibe el consumo y fomenta el ahorro, la inversión y la producción, y tiende a ser socialmente más distributiva (dependiendo de otras políticas macro: laboral, arancelaria, tributaria, etcétera).

La investigación estadística realizada para el caso chileno por Escobar y Repetto (1993) concluía que el tipo de cambio regional relevante es distinto entre las regiones, dado que la estructura productiva regional, la composición de socios comerciales para el sector exportador y países competidores para el sustituidor de importaciones, difiere de la nacional.

El denominado *síndrome holandés* tiene, ciertamente, relación con los planteamientos anteriores y resulta ilustrativo de sus consecuencias sectoriales y territoriales: el descubrimiento de yacimientos de gas en Holanda detonó un incremento de la inversión externa directa y del ingreso de divisas, con la consiguiente apreciación de la moneda local y, por ende, la pérdida de competitividad de las exportaciones de los demás sectores –y, cabe acotar, de sus correspondientes localidades–. A ello se agregó, por la misma apreciación monetaria, una caída en el costo de las importaciones, un abaratamiento de los bienes no-transables, y un mayor dinamismo del comercio, los servicios y la construcción, además de un proceso de desindustrialización (Corden y Neary, 1982). Los efectos urbanos inducidos por estos cambios en los precios relativos resultan evidentes, dada la localización geográfica de los sectores secundario y terciario. El análisis del mal o enfermedad holandesa en la experiencia chilena ha sido realizado, entre otros, por Álvarez y Fuentes (2006) y, en especial –en relación con la dependencia del país respecto de los recursos naturales– por Pereira *et al.* (2009), quienes contrastan el síndrome holandés (chileno) asociado al cobre con las políticas gubernamentales.

Zonas monetarias y desigualdades territoriales

Si las políticas cambiarias efectivamente tienen un correlato territorial, las monetarias –ciertamente relacionadas– también lo generan, sea directamente, sea a través de la relación entre tasa de interés y tipo de cambio, y de su relación con los flujos de capital. La *geografía de las transformaciones monetarias* fue estudiada entre otros por Leyshon (1997), y las asociaciones entre *el dinero y el espacio económico* por Martin (1998) en una obra homónima.

Con anterioridad, Mundell (1961) había indagado sobre la integración monetaria y su relación con la integración fiscal, y McKinnon (1963), planteaba su aporte sobre “zonas monetarias óptimas” (véase también Kennen, 1969 y Sala-i-Martin y Sachs, 1991).

Ciertamente el concepto de *integración* ya implícitamente alude a una cierta dimensión *espacial*, la que se hace nítidamente explícita en el de *zona* monetaria. La moneda *única* –como el euro– reduciría los costos de transacción (Huerta de Soto, 2012) sobre todo entre países que comparten un gran comercio (Krugman, 2012), afectando positivamente su desarrollo intrazonal (Carrière-Swallow y Claro, 2013). Adicionalmente, la moneda única constituiría una suerte de garantía implícita (Huerta de Soto, 2012) dando seguridad a los inversores (Krugman, 2012).

Como se expone más adelante, esta *garantía* se trastocará –en el caso europeo– en un grave problema de endeudamiento, incluso soberano, y la ventaja comercial intrazonal conllevará una fuerte desventaja competitiva extrazonal para muchos países y regiones de la unión monetaria.

Desde una aproximación territorial, algunas preguntas resultan inicialmente pertinentes: la moneda única ¿reduce las diferencias regionales? ¿es proconvergencia? (Canova, 2001); la mayor integración económica ¿contribuye a una superación de las disparidades regionales? (Suárez-Villa y Cuadrado Roura, 1993); ¿y más ampliamente, de los desequilibrios territoriales? (Rodríguez-Pose y Petrakos, 2004); la unión monetaria ¿afecta las desigualdades regionales en el caso específico de la Eurozona? (Ezcurra, Pascual y Rapún, 2003); ¿influye la moneda única en la competitividad y el crecimiento económico de sus regiones? (Rodil, 2008).

Las respuestas a estos interrogantes son categóricas, en especial cuando involucran específica o ampliamente a la zona monetaria más reciente y relevante, la Eurozona. Cuando el euro fue introducido –luego del tratado de Maastricht– se esperaba que creara convergencia, pero produjo divergencias (Soros, 2012). Resultan evidentes los efectos contrarios del euro en el norte y en el sur y, además, las diferencias interregionales dentro de cada país y entre ciudades

(Huerta de Soto, 2012). Krugman (2012), a su vez, constata efectos diferenciales en las zonas europeas, en particular durante la última crisis. Peor aun, el mismo autor destaca la pérdida de competitividad de los países del sur de Europa y el incremento de sus déficits comerciales. No solo no habría mayor convergencia, sino también agudización de las divergencias. Siguiendo a Feldstein, Van Overtveldt (2012) afirma que la unión monetaria habría generado “más guerra que paz” entre los países europeos; y Huerta de Soto (2012, pp. 16 y 22) sostiene que se habría producido una “maciza redistribución de riqueza en toda la unión monetaria”, un verdadero “proceso de transferencia de riqueza”.

La introducción de la moneda única implicó obviamente una pérdida de independencia en la política monetaria de los países: “la política monetaria de la Unión puede ser muy apretada (ajustada) para la economía de un país miembro y muy floja (laxa) para otro”, por lo que las autoridades nacionales deben recurrir a políticas no monetarias parcialmente compensatorias (Van Overtveldt, 2012, pp. 52-53). Por otra parte, la rebaja en las tasas crediticias para los países del sur –asociada a la disminución de su riesgo como consecuencia de la moneda única– aumentó los precios de los bienes de capital y produjo burbujas inmobiliarias (Huerta de Soto, 2012), socavando –en una nueva época– las bases financieras de esas regiones (Martin y Minns, 1995). La convergencia de tasas de interés generó, como paradoja, divergencia económica entre los países débiles y los fuertes: la Eurozona se dividió entre naciones acreedoras y deudoras, y la integración se volvió desintegración (Soros, 2012).

Aunque los costos de los déficits en algunos países pueden ser parcialmente externalizados a otros países vía inflación en ellos (Huerta de Soto, 2012), el *efecto Estado* ciertamente incrementó las divergencias, favoreciendo los espacios centrales de la Unión Europea versus las regiones periféricas menos competitivas (Rodríguez-Pose y Petrakos, 2004). Ello permite comprender mejor la configuración de “clusters de desempleo” a través de las regiones y países europeos (Puga y Overman, 2002). Y también las reacciones partidarias eurofóbicas como las de *Alternative für Deutschland* y del UKIP, Partido por la Independencia del Reino Unido.

La experiencia de la Eurozona, que comenzó en 1951 con la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, y que en 1957 hizo posible la creación de la Comunidad Económica Europea (CEE), una unión aduanera con libre comercio, “prestando ayuda a las regiones más pobres [...] y garantizando la libre circulación de los trabajadores” (Krugman, 2012), concluyó en la Unión Monetaria, contradictoriamente y tal como se presagiaba, con “*Eurowinners*” y “*Eurolosers*” (Sinn y Feist, 1997).

No pocos sostienen que gran parte de los problemas constatados en la Eurozona se evitarían o resolverían complementando la unión monetaria con una unión bancaria y fiscal. Se desincentivaría así el “riesgo moral” propio de la “tragedia de los comunes” (Hardin, 1968), dado que cualquier gobierno que incurre en déficit puede lucrar a costa de otros gobiernos que siguen políticas fiscales más disciplinadas, lo mismo que sucedería, en el campo monetario, con cualquier banco a costa del Banco Central Europeo (Bagus, 2012).

La cambiante geografía de la banca y las finanzas (Alessandrini *et al.*, 2010) y la disyuntiva entre sistemas financieros descentralizados versus centralizados, y sus consecuencias sobre los mercados *locales* de capital (Klagge y Martin, 2005), replantean no solo en términos económicos, sino también territoriales, las opciones de mecanismos de supervisión financiera supranacional –con sus secuelas en materia de soberanía fiscal y tributaria– y de “federalismo fiscal” (Carrière-Swallow y Claro, 2013).

Así pues, la evaluación de la experiencia europea, con la emergencia de “super-regiones” (Gripaios y Mangles, 1993) y de “regionalismos sub y supranacionales” (Daher, 1997), pareciera requerir no solo, ni principalmente, de nuevas técnicas para el análisis regional y de una verdadera “econometría espacial” (Moreno y Vayá, 2002), sino sobre todo de una auténtica y urgente “economía política geográfica” (Sheppard, 2011).

Conclusiones y desafíos

El presente trabajo ha tenido el propósito de indagar preliminarmente en un campo aún poco explorado a pesar su innegable relevancia y urgencia. En una suerte de *position paper*, se busca abrir y expandir nuevos campos de estudio y de evaluación de las políticas públicas –sobre todo macroeconómicas– y de sus efectos socio-territoriales.

De los antecedentes expuestos y sus proyecciones se hace evidente la necesidad de investigar la nueva *geografía global* de las políticas públicas poscrisis y, en particular, de la *financiarización pública*. Asimismo, se requiere indagar, específicamente, la nueva arquitectura global resultante de las políticas macroeconómicas: fiscal, monetaria, cambiaria, etc. y *territorializar* las políticas de austeridad y competitividad –incluida las guerras de divisas– y sus consecuencias sociales.

Especial atención debe prestarse al estudio no solo de los efectos, externalidades o *subproductos* supuestamente inadvertidos y

no intencionales de las políticas públicas de los gobiernos de las economías más desarrolladas, sino especialmente a las estrategias de *geopolítica financiarizada* de estos, formuladas con explícitos objetivos de dominio económico sobre las economías emergentes y de competencia global entre potencias.

La reorientación geográfica de capitales y la redistribución espacial y social de riqueza y de pobreza –inducidas por dichas políticas– ameritan también un análisis pormenorizado.

La investigación de la geografía de los fondos soberanos y de las deudas públicas, y de la geografía del contagio de crisis, del riesgo-país y de los riesgos sub y supranacionales es otro desafío relevante en la evaluación de los efectos socioterritoriales de las políticas públicas poscrisis. En la misma tarea será necesario acentuar y dimensionar la externalización de los costos de la crisis a los países emergentes y, particularmente, el *swap* de sustentabilidad para algunos países a cambio de vulnerabilidad para otros.

Un tema de singular importancia para los países primario-exportadores se relaciona con los ciclos *boom-bust* de sus recursos naturales y, como consecuencia, con la volatilidad territorial de sus regiones-*commodities* e incluso de sus ciudades-*commodities*, con obvias implicancias económicas y sociales para sus respectivas economías nacionales, que se manifiestan en sus tasas de crecimiento, sus balanzas comerciales y de pagos, sus presupuestos fiscales y sus mercados de trabajo, entre otras.

En el ámbito laboral, el estudio de los diferenciales internacionales de salarios y las migraciones entre países –e incluso entre continentes– de la *maquila trasnacional* resulta económica y socialmente de la mayor relevancia.

En fin, la investigación de las consecuencias socioterritoriales de la desestatización del Estado de Bienestar y la emergencia de *nuevas pobrezas* asociadas a desigualdades territoriales pre y poscrisis es otro desafío prioritario.

En síntesis, del carácter preliminar y de la brevedad de estas reflexiones, y más allá de las múltiples opciones de análisis esbozadas, se concluye como cuestión central la inminente necesidad de evaluar los *subproductos socioterritoriales* –en caso alguno marginales– de las políticas públicas poscrisis, tanto nacionales como supranacionales, evaluación que haría posible su reformulación atendiendo las consecuencias de tales *subproductos*, o al menos, su complementación con políticas compensatorias y medidas de prevención y mitigación de sus múltiples y graves impactos sociales y territoriales.

Bibliografía

- Aalbers, M. (2012), "European mortgage markets before and after the financial crisis", en Aalbers, M. (ed.), *Subprime Cities. The political economy of mortgage markets*, Malden, Wiley-Blackwell, pp. 120-150.
- Aglietta, M. (2012), "The European vortex", *New Left Review*, N° 75, pp. 15-36.
- Alessandrini, P., M. Fratianni y A. Zazzaro (eds.) (2012), *The changing geography of banking and finance*, Nueva York, Springer Science.
- Álvarez, R. y J. R. Fuentes (2006), "El 'síndrome holandés': teoría y revisión de la experiencia internacional", *Economía Chilena*, vol. 9, N° 3, pp. 97-108.
- Bagus, P. (2012), *A tragedia do Euro*, Campinas, Vide Editorial.
- Banco Mundial (2008), *Informe sobre el desarrollo mundial 2009. Una nueva geografía económica*, Washington, Banco Mundial.
- Beine, M. y S. Coulombe (2003), "Regional perspectives on dollarization in Canada", *Journal of Regional Science*, vol. 43, N° 3, pp. 541-569.
- Bravo, H. et al. (2003), "Heterogeneidad de la transmisión monetaria: efectos sectoriales y regionales", *Economía Chilena*, vol. 6, N° 3, Santiago, Banco Central de Chile.
- Canova, F. (2001), "Are UE policies fostering growth and reducing regional inequalities?", *Els Opuscles del CREI*, N° 8, pp. 1-35.
- Carrière-Swallow, Y. y S. Claro (2013), *Cueste lo que cueste. La batalla por salvar el Euro y Europa*, Santiago, Ediciones UC.
- Corden, W. y J. P. Neary (1982), "Booming sector and the de-industrialization in a small open economy", *Economic Journal*, vol. 92, N° 368, pp. 825-848.
- Corpataux, J. y O. Crevoisier (2005), "Increased capital mobility/liquidity and its repercussions at regional level", *European Urban and Regional Studies*, vol. 12, N° 4, pp. 315-334.
- O. Crevoisier y T. Theurillat (2009), "The expansion of the finance industry and its impacts on the economy: a territorial approach based on Swiss pension funds", *Economic Geography*, vol. 85, N° 3, pp. 313-334.
- Daher, A. (1990), "Políticas macroeconómicas, tipo de cambio y desarrollo territorial. Escenarios chilenos", en Alburquerque, F., C. De Mattos y R. Jordán (eds.), *Revolución tecnológica y reestructuración productiva: impactos y desafíos territoriales*, Buenos Aires, ILPES/ONU, IEU/PUC, GEL, pp. 457-478.
- (1991), "Conversión de la deuda y conversión territorial", *Revista de la Cepal*, N° 43, pp. 121-132.
- (1997), "Libre comercio y regionalismo subsupranacional", *EURE*, vol. XXIII, N° 69, pp. 81-98.
- (2003), "Regiones-commodities. Crisis y contagio en Chile", *EURE*, vol. XXIX, N° 86, pp. 89-108.

- (2013a), “El sector inmobiliario y las crisis económicas”, *EURE*, vol. XXIX, N° 118, pp. 47-76.
- (2013b), “Territorios de la financiarización urbana y de las crisis inmobiliarias”, *Revista de Geografía Norte Grande*, N° 56, pp. 7-30.
- Dymski, G. (2012), “Subprime crisis and urban problematic”, en Aalbers, M. (ed.), *op. cit.*, pp. 293-314.
- Dow, Sh. y C. Rodríguez-Fuentes (1997), “Regional finance: a survey”, *Regional Studies*, vol. 31, N°9, pp. 903-920.
- Escobar, B. y A. Repetto (1993), “Efectos de la estrategia de desarrollo chilena en las regiones: una estimación de la rentabilidad del sector transable regional”, Colección Estudios CIEPLAN, N° 37, pp. 5-36.
- Ezcurra, R., P. Pascual y M. Rapún (2003), “Movilidad y desigualdad regional en la Unión Europea”, *Investigaciones Regionales*, N° 2, pp. 5-30.
- Friedman, M. (1953), “The case of flexible exchange rates”, *Essays in Positive Economics*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Gripaios, P. y T. Mangles (1993), “An analysis of European super regions”, *Regional Studies*, N° 8, pp. 745-757.
- Hardin, G. (1968), “The tragedy of the commons”, *Science New Series*, vol. 162, N° 3859, pp. 1243-1248.
- Harvey, D. (2011), *O enigma do capital e as crises do capitalismo*, San Pablo, Boitempo.
- (2012a), “Las raíces urbanas de las crisis financieras”, en Belil, M., J. Borja y M. Corti (eds.), *Ciudades: una ecuación imposible*, Buenos Aires, Ed. Café de las Ciudades, pp. 321-358.
- (2012b), “The urban roots of the financial crisis”, en Aalbers, M. (ed.), *Subprime Cities. The political economy of mortgage markets*, Malden, Wiley-Blackwell, pp.13-19.
- Huerta de Soto, J. (2012), “Prefacio”, en Bagus, P., *A tragedia do Euro*, Campinas, Vide Editorial, pp. 11-17.
- Kennen, P. (1969), “The theory of optimum currency areas: an eclectic view”, en Mundell, R. y A. Swoboda (eds.), *Monetary problems of the international economy*, Chicago, The University of Chicago Press, pp. 41-68.
- Klagge, B. y R. Martin (2005), “Decentralized versus centralized financial systems: is there a case for local capital markets?”, *Journal of Economic Geography*, N° 5, pp. 387-421.
- Krugman, P. (2010), *De vuelta a la economía de la gran depresión y la crisis del 2008*, Bogotá, Norma.
- (2012), *¡Acabemos ya con esta crisis!*, Barcelona, Crítica.
- Leyshon, A. (1997), *Money/Space: Geography of monetary transformation*, Londres, Taylor and Francis.
- Martin, R. (1998), *Money and the space economy*, New Jersey, Wiley.
- y R. Minns (1995), “Undermining the financial basis of regions”, *Regional Studies*, vol. 29, N° 2, pp. 125-144.

- Mckinnon, R. (1963), "Optimum currency areas", *American Economic Review*, vol. 53, N° 4, pp. 717-725.
- Moreno, R. y E. Vayá (2002), "Econometría espacial: nuevas técnicas para el análisis regional. Una aplicación a las regiones europeas", *Investigaciones Regionales*, N° 1, pp. 83-106.
- Mundell, R. (1961), "A theory of optimum currency areas", *American Economic Review*, vol. 51, N° 3, pp. 657-665.
- Pereira, M. et al. (2009), "Síndrome holandés, regalías mineras y políticas de gobierno para un país dependiente de recursos naturales: el cobre en Chile", *Serie Medio Ambiente y Desarrollo*, N° 140, Santiago, Cepal.
- Puga, D. y H. Overman (2002), "Unemployment clusters across Europe's regions and countries", *Economic Policy*, N° 34, pp. 115-147.
- O'Brien R. (1992), *Global financial integration: the end of geography*, Londres, Chatham House Papers.
- Reinhart, C. y K. Rogoff (2011), *Esta vez es distinto: ocho siglos de necesidad financiera*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rodil, O. (2008), "La competitividad y su impacto sobre el crecimiento económico regional de la Unión Europea (1995-2004)", *Revista de Estudios Regionales*, N° 83, pp. 49-78.
- Rodríguez, C. (2005), "Un análisis comparado de la inversión extranjera directa efectiva y potencial de las regiones españolas", *Revista de Estudios Regionales*, N° 73, pp. 13-42.
- Rodríguez-Pose, A. y G. Petrakos (2004), "Integración económica y desequilibrios territoriales en la Unión Europea", *EURE*, vol. XXIX, N° 89, pp. 63-80.
- Roubini, N. y S. Mihm (2010), *Cómo salimos de ésta*, Santiago, Destino.
- Sala-i-Martin, X. y J. Sachs (1991), "Fiscal federalism and optimum currency areas: evidence for Europe from the United States", *NBER Working Papers*, N° 3855, Cambridge, National Bureau of Economic Research.
- Sassen, S. (2012), "Expanding the terrain for global capital: When local housing becomes an electronic instrument", en Aalbers, M. (ed.), *Subprime Cities. The political economy of mortgage markets*, Malden, Wiley-Blackwell, pp. 74-96.
- Sheppard, E. (2011), "Geographical political economy", *Journal of Economic Geography*, N° 11, pp. 319-331.
- Sinn, H-W. y H. Feist (1997), "Eurowinners and Eurolosers: The distribution of seigniorage Wealth in the UE", *European Journal of Political Economy*, N° 13, pp. 665-689.
- Soros, G. (2012), *Financial turmoil in Europe and The United States*, Nueva York, PublicAffairs.
- Stiglitz, J. (2010), *El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial*, Buenos Aires, Taurus.

- Suárez-Villa, L. y J. R. Cuadrado Roura (1993), "Regional economic integration and the evolution of disparities", *Papers in Regional Science*, vol. 72, N° 4, pp. 369-387.
- Van Overtveldt, J. (2012), *O Fim do Euro: A história da moeda da União Europeia e seu futuro incerto*, Río de Janeiro, Elsevier.
- Wainwright, Th. (2012), "Building new markets: Transferring securitization, bond-rating, and a crisis from the US to the UK", en Aalbers, M. (ed.), *Subprime Cities. The political economy of mortgage markets*, Malden, Wiley-Blackwell, pp. 97-119.
- Whitt, J. (1996), "The mexican peso crisis", *Economic Review*, enero/febrero, pp. 1-20.

(Recibido el 5 de marzo.)

(Evaluado el 26 de marzo.)

Autor

Antonio Daher es profesor titular del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Coinvestigador del Centro de Desarrollo Urbano Sustentable, Proyecto Conicyt/Fondap 15110020.

Publicaciones recientes:

- (2013), "El sector inmobiliario y las crisis económicas", *EURE*, vol. XXIX, N° 118, pp. 47-75.
- (2013), "Territorios de la financiarización urbana y de las crisis inmobiliarias", *Revista de Geografía Norte Grande*, N° 56, pp. 7-30.
- (2013), "Fondos inmobiliarios y riesgo urbano", *Revista de Urbanismo*, N° 29, pp. 32-45.

Cómo citar este artículo

Daher, Antonio, "Impactos territoriales de la financiarización pública poscrisis", *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 6, N° 25, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2014, pp. 13-26, edición digital, <<http://www.unq.edu.ar/catalogo/330-revista-de-ciencias-sociales-n-25.php>>.